

Con lo que Fran creía que eran sus últimas energías, lanzó el portafolios, la corbata, la chaqueta y la gabardina a través de los tres metros que le separaban del silloncito de la entrada. Segundo y medio más tarde caía desplomado y boca abajo en uno de los dos sofás del salón. Con una mano que había quedado suelta cogió el mando a distancia y enchufó lo inevitable. En la pantalla aparecieron las cosas incomprensibles de todos los días, con aquellos colores falsos y chillones que tan bien le sentaban al cerebro. Sobre todo, cuando ya no había cerebro.

-Hola, papá. ¿Ya has llegado? -la voz de Toto sonó por encima de su cabeza.

-No estoy seguro. Aunque todo es posible.

Toto le besó en la mejilla que quedaba a la vista y se sentó en el otro sofá.

-¿Estás cansado? -preguntó el hijo con un interés discutible.

-En absoluto. Me he puesto así para ver si aguanta el sofá.

Toto le observó con cara de no distinguir entre su padre y las otras partes del mueble en el que se había tumbado.

-¿Qué estás viendo? -preguntó al cabo de un rato.

-¿Viendo, dónde?

-En la tele.

-No tengo ni idea. Yo sólo la he encendido.

-¿Te importa que ponga *Sensación de vivir*?

-Me parece difícil, pero no me importa.

Toto deslizó el mando entre los dedos de su padre y cambió de canal. Empezaron a desfilar por la pantalla docenas de adolescentes con aspecto de haber prolongado la dieta de manzana hasta los diecisiete años y con mucha vida interior.

-¿Te gusta esto? -preguntó el padre.

-Es como la vida -dijo Toto sin mover un músculo.

-Un día de estos tengo que darme una vuelta por la vida, aunque no creo que la reconozca.

Justo en el momento en que uno de los protagonistas amenazaba a su padre con el suicidio si le mandaba a un campamento de verano, las piernas de Elvira cruzaron por delante de Fran en dirección a la terraza.

-¿No puedes decir que has llegado? ¿Tanto te cuesta saludar? Estás gordo.

Fran levantó la cabeza y apoyó la barbilla en el brazo del sofá.

-¿A qué quiere que conteste primero? -intentó defenderse Fran-. ¿A lo de la llegada o a lo de la gordura? Estoy destrozado, no abuses de mí.

Elvira, que estaba disparando un pulverizador sobre las jardineras de la terraza, le miró sin excesiva compasión. La cara de Fran apoyada en el brazo y el cuerpo voluminoso del sofá por detrás le recordaron una fotografía que había visto de la esfinge de Gizeh, solo que en vez de estar hecha de piedra estaba hecha de almohadones, y en vez de haber puesto la cabeza de un faraón habían puesto la cabeza de un abogado gordo que empezaba a quedarse calvo.

-Aquí siempre estás destrozado. Pero nunca te faltan fuerzas para andar de la ceca a la meca con esa banda de mafiosos -dijo Elvira lanzando una ráfaga sobre los geranios.

-Son clientes, amor mío. Clientes. Un poco especiales, pero clientes -gruñó Fran.

-Hay abogados con clientes normales. En mi bufete no aparece gente así. Estos te los has buscado tú.

-No empecéis, por favor -suplicó Toto.

-No sé de qué te quejas -contestó su padre-. Esto también es la vida, y además en directo.

Toto siguió viendo *Sensación de vivir* y Elvira ametrallando jardineras a falta de otra cosa, mientras la esfinge de Fran contemplaba un paisaje sin pirámides y sin camellos.

-¿De verdad estoy gordo? -preguntó con la misma cara.

-Sí, papi -contestó Toto sin alterarse.

-¿Cómo de gordo?

-Gordo.

Elvira, en su terraza, no decía nada.

-Elvira, ¿tú crees que estoy gordo?

-No me interesa esa conversación -dijo su mujer sin mirarle.

-La has empezado tú llamándome gordo.

-Hay otros temas aparte de ti en esta pensión.

Fran se tapó el cráneo pelado con las manos en un gesto de derrumbe. Tenía que admitir la capacidad de su mujer, abogado también al fin y al cabo, para exponer brevemente y sin preámbulos sus dos grandes preocupaciones: la clientela inquietante de su marido y la transformación del hogar familiar en una casa de huéspedes.

-¿Qué temas? Yo puedo hablar de cualquier tema. No tengo prejuicios.

-Eso es cosa sabida. ¿Te has preguntado dónde está tu hija Carlota? Ya no te pido que te intereses generosamente por nadie. Pero si llegas a casa y descubres que te falta un hijo, lo menos que puedes hacer es preguntar por él.